

El proceso de institucionalización de la Antropología en el Perú y la invención del indio (1937 – 1960)

Cesar Aguilar

Universidad Nacional Autónoma de México
Coyoacán - Cidade do México - México
cesar.aguilar@políticas.unam.mx

Resumen: Cuando se habla de la Antropología en el Perú, normalmente se refiere a ella como si fuera uniforme o que procede de un solo tronco fundacional, cuando en realidad tuvo procesos diversos que merecen ser atendidos. El objetivo de este artículo es explorar en las formas de institucionalización que tuvieron las dos primeras instituciones de formación antropológica en el Perú: la Universidad Nacional San Antonio Abad del Cusco en 1942 y la Universidad Nacional Mayor de San Marcos en 1946. Así como también en cómo estos procesos de institucionalización impactaron y dieron forma a la invención y conceptualización de su objeto de estudio, el indio. A partir de una revisión bibliográfica y de archivo institucional, planteo la comparación de ambos procesos. Concluyo que ambos procesos de institucionalización de la Antropología dependieron de su posición en el contexto de investigación social en el Perú realizado por extranjeros a inicios del siglo XX y por los debates políticos indigenistas que recogieron. Elementos que también están íntimamente ligados y dan forma a sus particulares invenciones de su objeto de estudio.

Palabras claves: Indigenismo; Antropología; Objeto de estudio; Institucionalización; indígena.

Introducción

En el Perú, cuando se discute sobre la institucionalización de la disciplina antropológica, se da por hecho la existencia de un correlato histórico lineal entre el indigenismo y la antropología, que tiene la impresión de ser perfecta y carente de tensiones. Veamos cuatro autores que trabajan este tema con mayor profundidad para comprender mejor esta afirmación.

Aramburú (1978) considera que el indigenismo —entendido como un movimiento social— es el antecedente directo de la antropología en el Perú. Sin embargo, al ser consciente de la diversidad de posiciones en el movimiento indigenista, brinda mayor importancia a la capacidad que tuvo dicho movimiento para realizar diagnósticos sobre el problema indígena e intentar caracterizar a la sociedad peruana. En ese sentido, Aramburú considera a Mariátegui como el gran indigenista —

precedente de la antropología en el Perú— que entendió mejor al país y a la problemática indígena, a partir de su definición del problema de la tierra como el problema central del indio, y en su inquietud por entender cómo los modos de organización económica indígena se relacionan con el capitalismo incipiente y el feudalismo del Perú de entonces. De esta forma, Aramburú considera que bajo este parteaguas mariateguista surge la antropología como disciplina académica, en 1946, con la fundación del Instituto de Etnología y Arqueología en la UNMSM, bajo las figuras de Luis E. Valcárcel, José Matos Mar, José María Arguedas y Jorge Muelle. Es decir, para Aramburú, la relación entre el indigenismo y la antropología yace en la capacidad heredada —del primero al segundo— de diagnosticar el problema del indio y caracterizar a la sociedad peruana, aunque no logra explicar si la antropología hereda también la perspectiva política del parteaguas mariateguista que está detrás de aquellas capacidades.

En la misma línea, Carlos Iván Degregori (2008, 2000) sostiene que el inicio de la antropología como disciplina en el Perú también se debe al indigenismo, entendido este último como una corriente que “cuestiona la visión excluyente que deja fuera de la ‘comunidad imaginada nacional’ a las mayorías indígenas o las incorpora como sustrato servil, cuando no degenerado. [...] [Y frente a eso, se plantea una] reivindicación del ‘indio actual’ y su incorporación como base fundamental de la ‘comunidad imaginada’” (Degregori, 2000, p. 30). Degregori da a entender que la relación originaria entre el indigenismo y la antropología es la capacidad crítica —que hereda el segundo del primero— para entender las estructuras sociales del país.

A diferencia de Aramburú, pero sin brindar mayores precisiones, Degregori sostiene que es la confluencia de cuatro tipos de indigenismos los que aportan directamente en la fundación de la antropología como disciplina, en 1946, en la UNMSM: filantrópico, social, político y artístico.

Esto permite que Degregori (2000, p. 38) afirme que la antropología en el Perú surge apartada del Estado y cercana a las instituciones filantrópicas norteamericanas —aunque no logra precisar la relación o cercanía entre aquellos indigenismos y estas instituciones—, lo que significó, para el posterior desarrollo de la antropología en el Perú, una fortaleza y una debilidad al mismo tiempo:

Debilidad porque debió luchar para hacerse de un espacio social, conseguir recursos y legitimarse ante el poder. Fortaleza porque no se vio tan aprisionada por el corsé de los proyectos estatales para una aculturación masiva y sistemática de la “población aborígen” y pudo fluctuar con algo más

de libertad entre la experiencia transcultural por un lado y, por otro, la búsqueda de legitimidad ante un Estado y una cultura hegemónica en la que prevalecía el paradigma modernizador y su correlato hegemónico expresado en el concepto de “aculturación”.

Sandoval (2012, p. 104) también sostiene que “desde su fundación universitaria en 1946 [año de fundación de la Escuela de Antropología de la UNMSM] la antropología peruana nació inevitablemente ligada al indigenismo y contribuyó a la construcción de la noción de lo ‘andino’”. Sin embargo, Sandoval no precisa qué raíces indigenistas son las que propician la construcción de lo andino desde la antropología, aunque, a diferencia de Degregori, da a entender que la antropología tiene como principal fuente al indigenismo estatal que representaba en gran medida Luis E. Valcárcel con su experiencia en el Ministerio de Educación y en la dirección de diferentes museos en Cusco y Lima.

Finalmente, para Rodrigo Montoya (1975, 2015) la fundación disciplinaria de la antropología en nuestro país se inscribe en el contexto indigenista que lo define como una “corriente intelectual, literaria, prepolítica y política de aproximación al mundo indígena desde fuera y desde arriba, con el propósito de valorar la creación artística indígena en la música, la cerámica, el tejido, la pintura y con un espíritu paternalista propio del trabajo social, y de ayudarlos y protegerlos del maltrato de la clase política dentro y fuera del Estado” (Montoya, 2015, p. 7). En este contexto indigenista, la figura de Valcárcel toma importancia, pero no por representar a un indigenismo estatal — como sostiene Sandoval —, sino porque Montoya (2015, p. 9) le atribuye la labor y característica de haber sido el puente académico que permitió el paso desde el indigenismo a la antropología, al definirla como:

una especie de cruce de caminos en el que convergieron: A.- un espíritu o voluntad de valorar lo indígena; B.- una voluntad de conocer el Perú con los instrumentos de la antropología, en su vertiente etnológica, arqueológica, lingüística y de folklore; C.- una voluntad de ensanchar los estudios de historia abriendo un nuevo espacio a la historia de los incas, y a la etnohistoria como nuevo espacio para estudiar la realidad de los pueblos indígenas; D.- una voluntad particular de ligar lo académico a la gestión del Estado tanto por su papel de fundador del Museo de la Cultura peruana, del Instituto Indigenista Peruano y de su firme apoyo institucional y personal a los proyectos de antropología aplicada en Vicos y el programa de acción conjunta de la Organización de Estados Americanos, OEA.

Hasta aquí, después de este recuento teórico, podemos extraer algunas conclusiones. Primero, existe un consenso entre los autores al señalar el origen de la antropología en el indigenismo. Sin embargo, estos autores conciben a ese indigenismo como un movimiento con vertientes bastantes amplias, que en la mayoría de los casos

no logran desarrollar a profundidad, solo las mencionan: indigenismo artístico, sociopolítico, filantrópico, estatal, etc.

Segundo, llama la atención que estos autores no hayan cuestionado la relación originaria entre el indigenismo y la antropología —a partir, por ejemplo, de la relación entre sus actores—, y, por el contrario, solo plantearon una relación abstracta entre el indigenismo y la disciplina antropológica a partir de personajes puentes que surgen de uno y fundan otro sin ninguna problemática de por medio.

Tercero, todos los autores, asumen que la fundación por Luis E. Valcárcel del Instituto de Etnología, en 1946, en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos marca el surgimiento institucional de la antropología en el Perú, invisibilizando el surgimiento de la Sección de Antropología y Arqueología, en 1942, de la Universidad Nacional San Antonio Abad del Cusco, así como todo el proceso que precedió a dicha fundación.

En un trabajo anterior (Aguilar, 2019) intenté llenar estos vacíos investigando el surgimiento disciplinario de la Antropología en la Universidad San Antonio Abad del Cusco en 1942. En dicha investigación, pude dar cuenta de que son tres indigenismos claramente identificables – regionales, estatales y norteamericano-estatales – los que dieron origen a la Antropología institucional.

Además, pude explorar la forma en cómo el objeto de estudio de la Antropología en Cusco fue delineándose y cambiando a medida que se tensionaba y modificaba la relación entre: a) el cambio de protagonismo de los tres indigenismos; b) el contexto sociopolítico del Perú, el Cusco y la Universidad; c) la teoría antropológica que se leía y la forma en cómo se la entendía; d) la procedencia social y opción política de los antropólogos.

De esta forma, pude dar cuenta que la antropología en el Cusco, desde su fundación institucional hasta la década de 1970, tuvo como objeto de estudio al indígena andino pero conceptualizado de tres formas distintas. El primero, un indígena andino descendiente directo de los incas, guardián de la cultura ancestral, todavía no contaminado por occidente y la modernidad. El segundo, un indígena andino empobrecido, víctima de occidente y la modernidad, ubicado en el último eslabón de la estructura social y económica del país. Y el tercero, un indígena andino, con capacidad de agencia política, capaz de emprender una revolución nacional que los libere de las estructuras que lo sometían.

Sin embargo, quedaron dos elementos pendientes de profundización. El primero, explorar cómo la forma —me refiero a las intenciones y las estructuras formales— en cómo fue creada la institución impacta y condiciona la manera de conceptualizar el objeto de estudio de la disciplina. Y, en segundo lugar, comparar este proceso en el origen de las dos instituciones más importantes de la antropología del Perú en el siglo XX: la Universidad Nacional San Antonio Abad del Cusco y la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Labor de se realiza en esta investigación.

Institucionalización de la Antropología en el Perú

Los procesos de institucionalización de la Antropología en la Universidad Nacional San Antonio Abad del Cusco y la Universidad Nacional Mayor de San Marcos tuvieron rutas un tanto distintas. Veamos algunos elementos en cada uno de estos procesos de institucionalización para comprender mejor las características y los perfiles que fueron asumiendo cada una de ellas.

El Perú, a inicios del siglo XX, ya era un destino de investigación importante y consolidado, principalmente por el ánimo internacional de comprender la desaparecida sociedad inca, a la que se la conocía más por crónicas que por hallazgos científicos. Apenas aterrizaban en suelo peruano, la ruta de estas exploraciones científicas, que luego concluían en investigaciones de campo, iniciaba en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y posteriormente se dirigían a distintas regiones de los Andes peruanos, principalmente al Cusco. La razón de esa ineludible ruta se debe, primero, al diseño centralista del estado peruano y, segundo, a que la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, además de ser la primera casa de estudios del país, reunía en sus facultades cercanas a las ciencias sociales a los principales intelectuales peruanos en la materia.

Sin embargo, pese a que la UNMSM era la puerta de paso obligatoria, la gran mayoría de investigaciones y sus financiamientos no se quedaban allí, sino, se canalizaban a las regiones sur andinas para la instalación y desarrollo de los proyectos. Situación que permitía, principalmente, la contratación de investigadores regionales.

El Cusco, que para la década de 1930 continuaba siendo una ciudad pequeña, con una pésima estructura urbana todavía sostenida en el sistema de hacienda, había logrado romper el quietismo político e intelectual en el que había estado sumido. El movimiento del Indigenismo Regional que había sacudido las entelequias estructuras de la UNSAAC

en la década de 1910, para estos años ya había logrado importancia regional y nacional, principalmente por la reivindicación del indígena y por su discurso anti centralista, anti limeño.

En ese contexto se desarrolló un gran proyecto de investigación arqueológica que avivó mucho más los debates intelectuales del Cusco, después del sacudón intelectual que había generado Hiram Bingham algunas décadas atrás. Entre el 15 de enero y el 06 de octubre de 1941, el reconocido explorador Paul Fejos dirigió un proyecto de exploración e investigación junto a Julio C. Tello y un joven asistente Manuel Chávez Ballón, en los asentamientos arqueológicos incas de Phuyutapatamarca, Sayamarca y Wiñay Wayna, ubicados en lo que hoy es el camino inca a la ciudadela de Machu Picchu. The Viking Found – que en 1942 cambiaría de nombre a Wener-Gren Foundation – fue el financista del proyecto, y contento con los resultados obtenidos, en 1942 decidió ampliar el proyecto de investigación y además donar a la UNSAAC cien mil soles para fundar la sección de Arqueología en la Facultad de Ciencias. En las memorias de Gobierno de 1942, que escribió el entonces rector David Chaparro, dice:

Uno de los acontecimientos más notables un nuevo rumbo en el camino de la arqueología peruana, es la donación que ha hecho The Viking Found Inc. Aprobando la sugerencia de su director Axel Wenner-Gren, la suma de cien mil soles oro, con el fin de fundar en la Facultad de Ciencias de la universidad, una Sección de Arqueología, destinada a la enseñanza para preparar arqueólogos, pues, según el señor Wenner, no se comprende que la ciudad sede del más antiguo imperio de los Incas y que con justa razón se la ha denominado Capital Arqueológica de América, o sea solo de nombre y no en realidad, puesto que se prescinde de un estudio científico de todas las reliquias del pasado que conducirán a los hombres de ciencia a descorrer el velo que cubre los secretos, misterios de la portentosa civilización que se desenvolvió a través de los milenios que transcurren de esa edad incalculable (en Pando, 2015, p. 143).

Mientras el Cusco gozaba de una explosión intelectual causada principalmente por las investigaciones arqueológicas que se realizaban en su territorio, en Lima la Universidad Nacional Mayor de San Marcos transitaba un camino un tanto diferente, pues al ser paso obligatorio de los investigadores internacionales preocupados en los andes, estaba enterado de todo lo que sucedían en el sur del país. Sin embargo, no lideraba ni acompañaba institucionalmente dichas investigaciones. De esta forma la Facultad de Letras, que reunía a los intelectuales de ciencias sociales más importantes del país, canalizó las investigaciones y orientó a diversos investigadores, principalmente norteamericanos que aterrizaron en el Perú. De esta forma, la Universidad Nacional Mayor de San Marcos tenía un amplio panorama de estas investigaciones, que en su mayoría no gozaban del tamaño presupuestal que Fejos tuvo en Cusco. Así podemos

mentonar varias investigaciones, como por ejemplo la investigación realizada por los esposos D'Hancourt en 1925, la realizada en varias comunidades del Cusco por Bernard Mishkin en 1938 y 1941, la investigación de Harry Tschopik en Puno a inicios de 1940, Las investigaciones de Paul Fejos en la Amazonía peruana también a inicios de 1940, John Gillin y su investigación en las zonas moche en 1946, etc.

Esta característica de la UNMSM permitió que Julio C. Tello y E. Valcárcel, principales actores de las ciencias sociales en esta época tengan una idea general de las investigaciones -no solo arqueológicas- que se realizaban en el Perú. Además, también tenían una idea completa de cómo se encontraba la situación de la investigación en el Perú frente al resto de América Latina, pues también tenían cercanía a diversas investigaciones regionales importantes como las de Jean Vellard y Paul Rivet.

A esto hay que agregar que, ambos intelectuales en las décadas de 1920 y 1930, habían desarrollado sus propias investigaciones y reflexiones. Por lo que ya gozaban de un reconocimiento y prestigio nacional e internacional que no solo les permitía ser personal de consulta obligatoria para los investigadores extranjeros, sino que ya dialogaban con ellos sobre el pasado inca, pero también sobre la actualidad indígena.

Es decir, mientras el Cusco vio institucionalizar a la Antropología a partir de la explosión de investigaciones arqueológicas, que principalmente detenía su atención en el glorioso pasado inca, en Lima la Antropología se institucionalizó a partir de un mosaico de investigaciones en el país, que rebasaban lo arqueológico, y que no solo fueron desarrolladas por investigadores extranjeros, sino también por investigadores nacionales. Característica no menor, pues mientras los investigadores extranjeros llevaban por cuerdas separadas la política y la academia, los investigadores nacionales, como Julio C. Tello y principalmente Luis E. Valcárcel concebían que ambas estaban juntas ya que el objetivo primordial era la construcción de un proyecto nacional. Por ese motivo, Montoya (2015, p. 5) en sus balances sobre la antropología peruana le presta mayor atención a la figura de Luis E. Valcárcel y su monumental libro *Tempestad en los Andes*:

Imposible de imaginar en académicos como Kroeber y Paul Rivet para quienes los espacios académico y político marchaban por cuerdas claramente separadas. [...] Pues las preguntas de investigación de los antropólogos visitantes brotan de una agenda académica en sus propios países y responden también a sus deseos personales. No forman parte central de esa agenda las preocupaciones de los antropólogos peruanos por su propio país, su historia y perspectiva. Para muchos de ellos y ellas, se trata únicamente de un largo trabajo de campo que culmina en una tesis doctoral y en un nombramiento como profesor y/o investigador en las universidades y centros públicos y privados de investigación.

Los debates políticos

Como expliqué anteriormente (Aguilar 2019), en el indigenismo regional del Cusco existía una disputa entre dos generaciones distintas de indigenistas. Una primera que había surgido en 1909, en la UNSAAC, y estaba compuesta íntegramente por la élite cusqueña que recuperaba como sujeto al indígena descendiente directo de los incas. Y una segunda generación, inmediatamente posterior a ellos, pero de un estrato social intermedio, que, nutridos de ideologías comunistas y apristas¹, se empeñaron en deslegitimar la estructura social del Cusco y propusieron una visión de país donde el indio ya no debía ser el sujeto nacional por excelencia, sino el “nuevo indio”², el “mestizo”.

Esta segunda generación de indigenistas regionales ganó mayor importancia con los años, debido a que la generación anterior, en su mayoría, había sido absorbida por el indigenismo estatal que el presidente Augusto B. Leguía había inaugurado en la década de 1920 y que los posteriores gobiernos iban a continuar, dejando así el espacio libre en Cusco para que esta nueva generación, que se autoproclamaba “el nuevo indio”, se desarrolle a tono con los nuevos procesos políticos mundiales y nacionales. Esto significó su ascensión como una nueva élite intelectual a partir, por ejemplo, de la fundación de instituciones claves como el Instituto Americano de Arte (1937), el Intirraymi (1944) y la Academia de la Lengua Quechua (1964), que sirvieron para consolidar un discurso cusqueñista liderado por esta nueva élite regional.

La creación de la Sección de Arqueología y Antropología en la Universidad Nacional San Antonio Abad del Cusco significó un encuentro entre ambas generaciones que inicialmente lograron convivir bajo el halo de un joven John Rowe que fue el encargado de fundar la Sección de Arqueología y Antropología —fiel a la tradición antropológica norteamericana—.

¹ La Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), se fundó en 1924 por Víctor Raúl Haya de la Torre, como un partido revolucionario de izquierdas. Pese a que en el tiempo tuvo virajes cada vez más a la derecha, en este momento inicial mantenía una posición crítica frente a los gobiernos aristocráticos y militares.

² Uriel García (2011[1929], p. 217) diría: “En el arrabal cusqueño o en media calle de cualquier poblazo serrano abre su fauce lóbrega la chichería, caverna de la nacionalidad, fibra sensible de la aldea, tumultuosa pasión de la plebe serrana. ¿Es la lepra del “poblacho mestizo” o el síntoma del “pueblo enfermo”? Nada de eso. Vivienda prehistórica, cueva troglodítica, hogar cordial del hombre primitivo y espontáneo que engendra el alma nacional y que sigue perdurando junto a la historia y acaso dentro de nosotros mismos”.

Así, la primera generación de indigenistas celebró la fundación de la Sección de Arqueología y Antropología en la UNSAAC, pues se iba a convertir en un punto importante en su búsqueda del “indio prístino” y sus lazos con su pasado inca mediante herramientas científicas, principalmente arqueológicas. Mientras que la segunda generación de indigenistas, que se concebían así mismos como el “nuevo indio” celebraban la fundación de la institución pues iban a poder estudiar científicamente al indio actual, a través de su folklore, curso que lograron inscribir en el plan de estudios de la reciente institución bajo la dirección de Víctor Navarro del Águila y Uriel García.

Sin embargo, esta convivencia siempre fue desigual pues el financiamiento y la mayor cantidad de cursos estaba controlado por la primera generación, mientras que la segunda generación, pese a tener mucha acogida entre los jóvenes estudiantes, no tenía control de los espacios de poder institucional, por lo que se vieron relegados a poseer solo el curso de Folklore.

Por su parte, el surgimiento institucional de la Antropología en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos estuvo inscrito en un debate indigenista de mayor envergadura. Augusto B. Leguía, recién vuelto de Europa, supo capitalizar los ánimos de cambio que se respiraba en el Perú. De esta forma, con el eslogan de Patria Nueva logró imponerse en las elecciones de 1919, donde fue elegido presidente con el 62% de los votos totales, dejando atrás al segundo aspirante a la presidencia, Ántero Aspíllaga del Partido Civil, que apenas alcanzó el 33% (Pease y Romero, 2013). Con este triunfo aplastante, aunque atemorizado por un posible fraude a manos de su anterior partido civilista, Leguía convocó al ejército y a Luis A. Cáceres —su antiguo adversario político— para hacer efectiva la toma de mando —momento que aprovechó para disolver el Congreso y llamar a nuevas elecciones que sirvió para realizar la Constitución de 1920.

En medio de la inicial algarabía que había causado la disolución del Congreso y la elaboración de la nueva Constitución, Leguía supo mantener cerca —aunque por muy poco tiempo— a los sectores que lo apoyaron para su acenso al poder. Creía que, para revertir la lamentable situación del país, era necesario que el Perú se pliegue a los lineamientos capitalistas norteamericanos. En ese sentido, bajo las luces del proyecto del progreso, desarrolló una “política centralista” que logró concentrar el poder en el Estado peruano mediante profundas reformas que permitieron su expansión y la subordinación de la oligarquía al Estado, dando la aparente imagen, por primera vez en la historia republicana del Perú, del surgimiento de una “burguesía nacional”.

Pero era urgente un discurso que legitimara estos cambios. En ese sentido, Leguía hizo suyo los debates sobre el problema del indio y su papel en la construcción de la nación peruana, asumió la posición indigenista e inauguró el indigenismo estatal. Para eso, convocó a la primera generación de indigenistas del Cusco reunidos en el grupo La Sierra – liderados por Luis E. Valcárcel y Félix Cosío –, y a los diversos grupos indigenistas que desde Lima habían realizado un trabajo importante, como, por ejemplo, la Sociedad Amiga de los Indios – donde resaltaba la figura de Buenaventura Seoane y Narciso Aréstegui –, la Asociación Pro-Indígena – Con Pedro Zulen y Dora Meyer a la cabeza – y el Comité Pro-Derecho Indígena Tawantinsuyo – que tenía al frente a Hipólito Salazar y Ezequiel Urviola.

Con la caída de Leguía en 1930 varios intelectuales indigenistas encontraron un refugio en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, entre ellos Luis E. Valcárcel y Julio C. Tello que ya ocupaban plazas docentes y gozaban de una importante reputación. La perspectiva indigenista en la UNMSM era distinta a la que se discutía en Cusco, pues ya no era regionalista y anti centralista. Ahora veía al país y se preocupaba por un proyecto nacional, lo que significaba que ya no se concebía al indígena solo como un descendiente directo de los incas, guardianes de la cultura ancestral. Sino como un sujeto empobrecido, ubicado en el último peldaño de la estructura social peruana, pero que tenía todo el potencial de ser el sujeto nacional por excelencia para encaminar al país hacia la modernidad.

Esta característica fundamental fue la que permitió que ambos investigadores logren fundar, en 1937, el Instituto Nacional de Antropología como parte de los Altos Estudios de la Facultad de Letras. Como vemos, algunos años antes de la llegada del indigenismo norteamericano a suelo peruano con la Octava Conferencia Internacional Panamericana (1938) y el Instituto Indigenista Interamericano (1940). Lo que confirma que la creación de este instituto respondió a las necesidades e inquietudes nacionales antes que internacionales:

Instituto Nacional de Antropología. 1.- Objeto y propósito. El Instituto tiene por objeto conocer científicamente al Hombre como miembro del grupo racial o social peruano; y para ello se propone estudiar todos los testimonios que permitan conocer su pasado, su condición actual y las posibilidades de mejoramiento en el porvenir, y divulgar las enseñanzas derivadas de dichos estudios.” (...) “El estudiante que al terminar el 2º año del Colegio Universitario hubiese revelado vocación o habilidad excepcional en determinada materia antropológica, puede, si así lo desea, matricularse en la Escuela de Altos Estudios para continuar su carrera universitaria en el Instituto de Antropología conforme al “plan de estudios independiente”. (...) “Los estudiantes regulares que durante dos años hubieran llevado en el Instituto seis cursos de investigación a satisfacción de la Sección o secciones

en los que los hubiera realizado, y que hubieren sido aprobados además por lo menos en seis cursos superiores seguidos en los otros Institutos de Ciencias o Letras, de acuerdo con el plan de estudio independiente aprobado por el Instituto, serán declarados expeditos para obtener el grado de Bachiller en Antropología. Los Bachilleres en Antropología que hubieren llevado en el Instituto dos cursos de investigación durante un año, dedicando íntegramente su tiempo a los trabajos que dichos cursos demanden, -los que culminarán en dos trabajos calificados por el Instituto como verdaderas contribuciones nuevas al conocimiento antropológico-, serán declarados expeditos para obtener el grado de Doctor en Antropología. (...) Cursos generales: Antropología General: Dres. Tello y Valcárcel. Cursos de especialización: Antropología física: Dr. Weis. Etnología: Dr. Tello. Antropología Social: Dr. Valcárcel. Arqueología Inkaika: Dr. Valcárcel. Arqueología Preinka: Dr. Tello. Arqueología Americana: Dr. Tello. Fuentes Antropológicas: Dr. A. C. Romero.³

Lamentablemente el instituto, pese a tener un presupuesto aprobado por la universidad y toda la formalidad documentaria necesaria, nunca pudo ver la luz. El micro político en la Facultad confrontada entre apristas y no apristas hizo que Valcárcel y Tello se distanciaran y abandonaran el proyecto.

Algunos años después Julio C. Tello quien ya se había plegado al APRA logra fundar el Instituto de Antropología con un presupuesto anual de S/.29,800 que estaba destinado principalmente a las investigaciones arqueológicas lideradas por Tello, pues el instituto no formaba arqueólogos.

En 1945, Luis. E. Valcárcel asumió el Ministerio de Educación en el gobierno de Bustamante y Rivero, y tras haber observado la exitosa creación de la Sección de Arqueología y Antropología en Cusco en 1942, decide reiniciar, una vez más, los intentos para crear un centro de formación, ahora, exclusivamente etnológica con un presupuesto anual de S/.12,000. Así logra fundar en 1946 el Instituto de Etnología como el primer centro de formación de antropólogos de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. En esos años, Valcárcel había visto a un joven José Matos Mar dar un respaldo público al gobierno de Bustamante y Rivero en la facultad de Letras copada por apristas y lo llamó para que sea su asistente. El joven Matos, que hasta ese momento era asistente de Julio C. Tello aceptó el llamado de Valcárcel, pues en 1947 falleció julio C. Tello. De esta forma, Valcárcel, en 1947 nombra como director del Instituto a un joven Matos Mar y como asistente a la joven Rosalía Ávalos, pareja de Matos. Estructura que se mantuvo hasta la década del sesenta, tal como indica el informe del departamento de Etnología y Arqueología para el Decanato de la Facultad de letras (26/06/1961):

³ "Creación del Instituto Nacional de Antropología". En, Boletín Universitario. Órgano de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (1937).

Secretaría del departamento: Br. Rosalía Ávalos de Matos. Labora de 9am a 1pm y de 4pm a 7pm. Figura en el presupuesto. Percibe un haber básico de S/. 1700.00. Labora en el departamento desde el mes de febrero de 1947, nombrada en julio del mismo año. Tiene a su cargo el trabajo referente a la Secretaría, el movimiento económico y la Biblioteca del Departamento; la organización de los ficheros etnológicos y fotográficos; las traducciones del inglés y francés del material bibliográfico de necesidad para el Departamento; colabora con la publicación de las publicaciones del departamento; y, por último, tiene a su cargo la distribución de las mismas.

En ese sentido, mientras la Antropología había nacido institucionalmente en Cusco como un apéndice de la Arqueología, donde los indigenistas regionales de la primera generación habían ganado espacio para estudiar al indio actual como el último reducto inca, en la UNMSM nació sola con la preocupación de estudiar al indio actual.

La invención del objeto de estudio

Es evidente que la invención del objeto de estudio de la Antropología en el Perú estuvo cargada de los indigenismos en su diversidad, el culturalismo de la teoría antropológica norteamericana y la procedencia social y política de los antropólogos, como expliqué en un trabajo anterior (Aguilar, 2019). Sin embargo, aquí propongo explorar cómo las características institucionales, que vimos en el apartado anterior, condicionaron también las formas en cómo se inventó al objeto de estudio.

En el Cusco, el indio, entendido como objeto de estudio, tuvo la principal característica de estar sobrecargado de un esencialismo aportado por los indigenistas regionales que pretendían encontrar al indio perdido en la historia como el origen de la nación peruana. De esta forma, los antropólogos se fueron en busca de los pueblos indígenas que todavía podrían conservar ciertas características de sus antepasados, con lo que se podría esbozar una idea sobre el desarrollo de la cultura en los Andes. Claro está, que esta generación estaba preocupada por estudiar las permanencias culturales y mantenía un claro esquema de estudio de una comunidad total y a su vez desarticulada de las demás, diferenciando así entre tradición/modernidad, campo/ciudad.

Veamos dos ejemplos que ilustran muy bien esta característica. Las primeras investigaciones financiadas en el Cusco donde participaron antropólogos cusqueños fue la “expedición etnográfica”, liderada por el mexicano Fernando Cámara Barbachano, y financiada con parte de los fondos donados por The Viking Found a la UNSAAC, el Museo Nacional de Antropología, el Ministerio de Educación y el Instituto Indigenista Interamericano en el distrito de Chinchero, en 1945. Y la Expedición a Q'ero de 1955,

liderada por Óscar Núñez del Prado y financiado por el Instituto Indigenista Peruano y el diario La Prensa de Lima.

De la primera expedición, que duró dos meses, salió la tesis para optar el título de antropólogo de Guillermo Fuentes Díaz, titulada *Algunos aspectos antropológicos del distrito de Chinchero* (1945). En las conclusiones de esta tesis, su autor muestra claramente que la necesidad de institucionalización de la Antropología está atravesada por la importancia de la recolección y conservación de los artefactos culturales de los indígenas para exhibirlos, pues la modernidad amenaza con desaparecerlos. Guillermo Fuentes (1945, pp. 78-79) lo expresa claramente en sus conclusiones:

Planteo la necesidad de crear tres institutos técnicos de antropología, ubicando uno en la sierra norte del Perú, otro en el centro i un tercero en el sur. Estos institutos de estudio técnico estarían ubicados en Cajamarca, Huancayo i Cuzco; se harían en ellos estudios de: Antropología Física, Antropología Cultural, Etnografía, Arqueología i Lingüística [...], por experiencia propia mía, los alumnos del último año de la Sección de Antropología de la UNSAAC, deberían estar por lo menos seis meses en el campo i en zonas indígenas. Necesidad de recoger entre los indígenas del norte, centro, sur i oriente del Perú el vestido indígena peruano actual, pero por parte de técnicos, no por charlatanes que solo harían una sofisticación. Estos vestidos i artefactos se tendrían en las diferentes zonas de su procedencia en los respectivos museos de los institutos aludidos en una conclusión anterior, lo mismo que en las universidades teniéndolas duplicadas para el Museo del Hombre o de la Cultura de Lima.

Ocho años después, en 1955, Óscar Núñez del Prado emprendería la “expedición a Q’ero, el último ayllu inka”, convirtiéndose en el autor del monumento más emblemático de esta primera etapa de la antropología en el Cusco, debido a que expresa y desarrolla las características fundamentales que aquí expongo.

La expedición a Q’ero fue organizada, promovida y dirigida íntegramente por Óscar Núñez del Prado quien, en 1949, durante una fiesta en Paucartambo, quedó prendado de unos hombres que, a decir de Víctor Núñez del Prado (2005, p. 18) —hijo de Óscar Núñez del Prado—, “pese a compartir la humilde pobreza de los demás campesinos, guardaban una compostura de dignidad inusual”. Así iniciaron los trámites y la búsqueda del financiamiento para la expedición.

Q’ero se ubica en una región montañosa de la provincia de Paucartambo y abarca un espacio comprendido entre los 2000 msnm y los 4800 msnm. En ese entonces era de difícil acceso, ya que es el camino que hay que seguir para llegar a la selva cusqueña. En esta región existían hasta ese entonces un aproximado de cinco mil habitantes organizados en ocho naciones, sujetos a un estricto régimen de hacienda. Hasta el año de 1955 todavía era necesario recorrer un largo tiempo de viaje desde el Cusco hasta

Paucartambo en carro, y posteriormente en mula y a pie hasta Q'ero. Un viaje que según los expedicionarios duró aproximadamente tres días. Esta lejanía geográfica existente entre el Cusco y Q'ero ayudó a construir una lejanía temporal para los expedicionarios, que consolidó la idea de encontrar al último ayllu inca que había estado perdido en el tiempo, al otro radicalmente distinto a ellos.

Este descubrimiento del otro altamente esencializado podemos ubicar en la descripción y conceptualización que hace Núñez del Prado (Flores 2005, pp. 82-83):

[El indio es de] una complexión más bien delgada y esbelta, salvo la gran extensión del tórax que hace armonía con las pantorrillas que parecen estriarse por músculos nervudos en una estatura media de 1.60 para los varones y 1.55 en las mujeres. Es de mentalidad clara y vivaz, ingenuo y franco al mismo tiempo, habla poco y se siente mortificado cuando se le quiere hacer repetir lo que ha dicho. Es severo en su conducta, parco en su trato, pero sumamente hospitalario con el viajero. Desconfía profundamente del blanco o el mestizo, pero no muestra hostilidad hacia él. Su cortesía le obliga a beber la primera copa con que se lo invita, pero, rechaza abiertamente el alcohol si no es en las tres únicas festividades de su pueblo. Ha hecho un culto del trabajo y la expresión máxima de sus valores. En el sentido estricto de la palabra, no tiene vicios, salvo que se quiera imputar como tal el aspecto muy discutible de la masticación de la coca en la que se inicia entre los 18 y 20 años, practicándola mesuradamente. La chicha no es su bebida cotidiana, sino que está señalada para muy reservadas oportunidades, especialmente a los ritos de fertilidad del ganado. Vive nutrido de tradiciones, leyendas y mitos que explican el mundo que lo rodea, los orígenes del maíz, la coca, los animales; la génesis de su música y su danza que, según él, fueron copiadas del kiosk, ave que sirve de inspiración a muchas de sus canciones y relatos. Su poesía sumamente hermosa, toma como temas fundamentales, las bellezas de la naturaleza y se manifiesta en canciones que anualmente deben ser renovadas por un poeta designado oportunamente. [...] Su observación del mundo sideral le permite reconocer e identificar varios astros vinculados a su mitología y creencias. Guarda un conjunto de conocimientos que incluye el manejo de los khipus o registro de anudaduras, por lo menos en tres variedades. [...] Hasta hace cerca de quince años, llevaban los hombres la cabellera en largas trenzas, que al decir de ellos los ostentaban como un símbolo de su estirpe inca, hasta que cayeron bajo las tijeras del patrón que las hizo cortar empleando la fuerza.

Esta conceptualización del hombre Q'ero está nutrida por la imponente del indio en relación armónica con la naturaleza. Núñez del Prado considera que ese equilibrio se fundamenta en el manejo de pisos ecológicos – que J. Murra conceptualizaría posteriormente – y por la auto sostenibilidad económica casi autárquica que los q'ero poseían de acuerdo con sus descripciones. Por lo tanto, se constituían como una “respuesta acertada a la naturaleza” que mantenía una organización social y religiosa tradicional.

Como vemos, la conceptualización que la antropología en el Cusco hizo del indio fue la de un indígena “puro” que mantenía la estructura social, religiosa, familiar y laboral heredada de los incas. Por lo tanto, digno de admiración y conservación.

Ahora veamos el proceso de invención del objeto de estudio de la Antropología en Lima. La Universidad Nacional Mayor de San Marcos continuaba siendo la puerta principal para los investigadores extranjeros. Luis E. Valcárcel había logrado centralizar esa labor en el Instituto de Etnología. De allí que, en sus primeros diez años de vida, podían brindar un mosaico general de todas las investigaciones de carácter antropológico que se realizaba en el Perú lideradas o acompañadas por el Instituto. Estas se habían centrado en cuatro grandes unidades geográficas. En el Valle del Santa se había desarrollado el proyecto de investigación de Marcará a cargo de Huberto Gherzi y se estaba realizando el Proyecto de Antropología Aplicada en Vicos con el financiamiento de la Universidad de Cornell bajo la dirección de Allan Holmberg y Mario Vásquez. En el Valle del Mantaro, bajo la responsabilidad de Jorge Muelle, Harry Tchopik, Escobar, Richard Adams, Manuel Alers y José María Arguedas, y con el apoyo del *smithsonian institution*, se habían desarrollado – en distintos momentos – las investigaciones de las comunidades de Muquiyauyo, Sicaya y Pucará. De igual forma, en el Valle del Urubamba – con el apoyo de la Werner Green en la mayoría de los casos –, Mishkin, Núñez del Prado, Cámara Barbachano y Morote habían liderado investigaciones que se hicieron mucho más visibles con el Proyecto de Antropología Aplicada en Kuyo Chico que lideraba Núñez. Y en la meseta del Titicaca investigaciones lideradas por Tchopik, Vellard, Matos Ávalos y Borricaud, de la Mato del Instituto Francés de Estudios Andinos.

Estos grandes estudios de área estuvieron acompañados de estudios medianos que se ubicaron principalmente en lugares interandinos, como Yauyos y Huarochirí, liderados por Matos y Rosalía y Carmen Delgado. En Cotahuasi llevado adelante por Elias Flores. En Huarochirí a cargo de Teresa Guillen, Julio Cotler, Eduardo Soler y Francisco Boluarte. En Laramarca bajo la responsabilidad de Froilan Soto. En Huayobamba a cargo de Efraín Orbegoso. Pero también en la costa, como la investigación en Moche de Guillin y Virú a cargo de Holmberg y Muelle. En Lunahuaná realizada por Ozzie y Muelle. Y en la Selva, la investigación de Los Kakataui por Abner Montalvo.

Es decir, en más o menos diez años de existencia del Instituto de Etnología se desarrollaron un promedio de veinte estudios, que, si bien privilegiaban cuatro áreas geográficas, se extendían a la costa, sierra y selva, así como en el norte, centro y sur del Perú. Esta característica evidentemente permitía tener una conceptualización sobre el indígena peruano mucho más compleja y problemática que en el Cusco. Veamos dos

ejemplos que grafican bien lo planteado. El primero es la tesis de doctorado de José Matos Mar (1958) titulada *La estructura económica de una comunidad andina, Taquile* – una isla del lago Titicaca, que se originó en una investigación liderada por Jean Vellard en 1950 para comprender las sociedades de pescadores en el lago Titicaca.

En la tesis Matos deja claro que no está observando continuidades, sino cambios profundos en las comunidades indígenas:

La presente tesis trata de ofrecer un panorama completo de la estructura económica de una comunidad andina en la cual se están operando cambios de gran trascendencia motivados por la nueva estructura de la tenencia de tierra. El grupo que hasta hace una década era colono de propietarios mestizos, actualmente está cambiando su situación mediante la adquisición de la tierra, por sus propios esfuerzos y potencialidades y, sobre todo, por la acción de líderes de gran inteligencia y pujanza (Matos, 1958: 03).

Elemento que deja mucho más claro en las conclusiones:

El estudio de la comunidad de campesinos que vive en la isla de Taquile, ubicado en el lago Titicaca, nos ofrece un ejemplo de cambio cultural en uno de los grupos más apartados del país, indicándonos que en todo el ámbito nacional, la cultura peruana atraviesa por un activo proceso de integración diferente al de los siglos anteriores; es decir, que la cultura contemporánea está estructurándose y configurándose en una mestizaje que presenta notas propias que lo diferencian del proceso ocurrido desde 1532 hasta principios del presente siglo.

Podemos observar que la preocupación por entender los cambios culturales era superlativa, a diferencia de la UNSAAC que privilegiaba la investigación de las continuidades. Sin embargo, la Antropología de la UNMSM también estaba preocupada por participar y promover los cambios que necesitaba el país para incluir al indígena a la modernidad.

Vicos, fue el más importante proyecto de antropología aplicada que se desarrolló en el Perú, oficialmente realizado entre 1952 y 1962, pues tuvo el objetivo de modernizar el campo peruano de forma controlada, a partir de la incorporación del indígena al mercado y a la vida nacional. La universidad de Cornell, su principal financiera, designó a Allan Holmberg como el encargado del proyecto, quien tuvo como mano derecha a Mario Vásquez, antropólogo sanmarquino, pues el proyecto se desarrolló a través de una alianza con el Estado peruano y la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, después de una serie de investigaciones que se llevó a cabo en el Valle del Mantaro con un equipo liderado por Holmberg, donde también participaba Vásquez.

Aquí no profundizaré en la descripción del proyecto Vicos, sino en la forma en cómo se conceptualizó al indígena, objeto de estudio de la antropología, como un sujeto empobrecido, ubicado al final de la estructura social y económica del país, pero que podía

ser el sujeto nacional sobre el cual se podría construir un proyecto nacional. De allí que el proyecto invirtió muchos esfuerzos en desarrollar agencia política e incorporar a los indígenas al mercado a través de su producción agrícola. Sin embargo, esta conceptualización del indígena se puede ubicar en la labor que Vásquez desarrolló en una expedición varios años atrás en la selva peruana.

En 1947 se llevó adelante la Colonizadora Universitaria, liderada por Javier Pulgar Vidal, con la participación de sesenta alumnos de la facultad de letras, entre quienes se encontraba un joven Vásquez, con el objetivo de estudiar las ocho regiones naturales del Perú.

Este viaje de investigación al Huallaga, permitió ver a los estudiantes la situación de la población indígena y colona de aquellas zonas, que a su regreso iniciaron las gestiones para formar cooperativas de estudiantes para comprar tierras, trabajarlas y plantear un proceso de inclusión de los pobladores de esas zonas a la vida nacional a través del Mercado. Así lo cuenta José Jiménez Borja, decano de la Facultad de Letras en un informe redactado para el rector de la universidad en 1948:

c) una vez en Tingo María visitamos las haciendas de los colonos y los alumnos hablaron con ellos, se percataron de la enorme importancia de la actividad productiva que realizan, principalmente con las plantaciones de plátanos. (...) e) en la zona del río San Alejandro les puse en contacto con la tribu de los Noocas, quienes ofrecieron su colaboración con los estudiantes para cualquier tarea que se emprenda. f) dos alumnos se quedaron a estudiar el área ocupada por la mencionada tribu, habiéndola encontrado inmejorable para labores agrícolas y ganaderas. (...) II. a) al regresar a Lima, numerosos alumnos viajeros insistieron en solicitar un terreno. (...) d) como los alumnos y el suscrito deseamos honrar las memorias del maestro sabio, Julio C. Tello, pensamos en grabar su nombre en los tres lotes de tierra que serían trabajados por los alumnos amantes del Perú, y por ello escogimos los siguientes tres nombres (...): "Julio C. Tello", "Amauta", "Inmortal".

Lamentablemente, pese a las coordinaciones con el estado peruano y el trabajo de los estudiantes, no se volvió a tener noticia de las cooperativas iniciadas por los estudiantes. Sin embargo, queda claro que la preocupación de aquel grupo de estudiantes no radicaba en la preservación de los elementos culturales de los pobladores de esa zona del país, sino en la necesidad de incorporarlos al mercado y a la vida nacional.

A modo de conclusión

Los procesos de institucionalización de la disciplina antropológica en Perú fueron diversos. Obedecieron a la forma en cómo los debates políticos y los contextos de

investigación internacional en el Perú impactaron en las universidades donde fueron desarrollados.

De esta forma vemos que la institucionalización de la Antropología en la Universidad Nacional San Antonio Abad del Cusco estuvo atravesada por dos procesos fundamentales. El primero, la mayor importancia de la Arqueología que era la que atraía recursos extranjeros para investigación. Y segundo, el ánimo de los indigenistas regionales por buscar en el indígena los rastros de la sociedad inca. Procesos entrelazados que dieron forma a la Sección de Arqueología y Antropología fundada por John Rowe en 1942, un extranjero con reconocidas investigaciones arqueológicas en el Cusco.

Mientras que en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos el proceso de institucionalización de la Antropología tuvo dos elementos característicos. El primero, la fuerza del indigenismo estatal que había permitido mirar al indígena como un sujeto nacional sobre el que se tenía que erigir un proyecto nacional. Y segundo, que, pese a no recibir la misma cantidad de financiamiento extranjero como la universidad del Cusco, tenía una posición privilegiada- como puerta de entrada para todas las investigaciones sociales en el Perú- que le permitía tener una mirada panorámica del País, no solo desde la arqueología, sino desde la antropología y la sociología. Características que fueron hábilmente conjugadas por Luis E. Valcárcel, uno de los indigenistas más importantes del Perú, para fundar el Instituto de Etnología en 1946, tras varios intentos fallidos de institucionalización desde 1937.

Son estas formas de institucionalización las que también ayudaron y condicionaron la manera en las que se inventó el objeto de estudio antropológico, es decir, la manera en la que se conceptualizó al indígena andino.

En la experiencia de la UNSAAC, el indígena era el último reducto inca, guardián prístino de la cultura inca y la identidad nacional. Por lo que era visto como una permanencia en el tiempo que tenía que ser estudiada como tal por la Antropología, muy ligada a la arqueología, por cierto. Sin embargo, en la experiencia de la UNMSM el indígena era un sujeto empobrecido y explotado que en toda la historia de la república había ocupado el último peldaño de la estructura social y económica del país. Y que en las últimas décadas se estaba encontrando en un profundo proceso de cambio que expresaba en su interior el proceso de cambio que atravesaba el país. Por lo que era un sujeto de cambio que tenía que ser estudiado por la Antropología en esos términos. Es decir, mientras en la UNSAAC se planteaba recuperar y preservar las expresiones

culturales indígenas, en la UNMSM se proponía acompañar e incluso dirigir los procesos de cambio que atravesaba el indígena.

Esto también significa que los objetos de estudio y la Antropología misma adquirió posiciones distintas frente a la “modernidad” y el “desarrollo”, categorías usadas por el Estado peruano en aquellas décadas. En la UNSAAC, la modernidad era un elemento que no solo irrumpía en la vida del indígena, sino lo amenazaba, incluso con su extinción. Mientras que en la UNMSM el indígena ya era parte de la modernidad, de la vida nacional, solo que en una posición de desventaja.

De esta forma las Antropologías en ambas instituciones continuaron sus derroteros fundacionales. Posteriormente cambiaron, por supuesto, la UNMSM fue adquiriendo mayor relevancia nacional e internacional en términos institucionales, mientras que la UNSAAC fue consumida por la entropía regional. Procesos acordes a la estructura centralista del estado peruano, pues mientras la UNMSM ubicada en Lima, podía ver el Perú, la UNSAAC ubicada en Cusco, cada vez más fue mirándose a sí misma.

Las conceptualizaciones de sus objetos de estudios también fueron cambiando, sin embargo, en esta primera etapa se gestaron estos pilares que no solo les imprimieron las particulares identidades antropológicas a ambas instituciones, sino levantaron algunos pilares que se pueden rastrear en décadas posteriores, e incluso, en la actualidad.

O PROCESSO DE INSTITUCIONALIZAÇÃO DA ANTROPOLOGIA NO PERU E A INVENÇÃO DO ÍNDIO (1937 – 1960)

Resumo: Quando se fala de Antropologia no Peru, normalmente nos referimos a ela como se fosse uniforme ou procedente de um único tronco fundacional, quando na realidade teve processos diversos que merecem atenção. O objetivo deste artigo é explorar as formas de institucionalização das duas primeiras instituições de formação antropológica no Peru: a Universidade Nacional San Antonio Abad de Cusco em 1942 e a Universidade Nacional Mayor de San Marcos em 1946. Pretendemos também analisar como esses processos de institucionalização impactaram e deram forma à invenção e conceituação de seu objeto de estudo, o índio. A partir de uma revisão bibliográfica e de arquivo institucional, proponho a comparação de ambos os processos. Concluo que ambos os processos de institucionalização da Antropologia dependeram de sua posição no contexto de pesquisa social no Peru realizada por estrangeiros no início do século XX e pelos debates políticos indigenistas que eles tiveram. Elementos que também estão intimamente ligados e dão forma à particular invenção de seu objeto de estudo.

Palavras-chave: Indigenismo; Antropologia; Objeto de estudo; Institucionalização; indígena.

THE PROCESS OF INSTITUTIONALIZATION OF ANTHROPOLOGY IN PERU AND THE INVENTION OF THE INDIAN (1927-1960)

Abstract: When talking about Anthropology in Peru, it's normally referred to as if it were uniform or that it came from a single founding trunk, when in reality it had diverse processes that deserve attention. The objective of this article is to explore forms of institutionalization that the first two anthropological institutions in Peru had: the Universidad Nacional San Antonio Abad del Cusco in 1942 and the Universidad Nacional Mayor de San Marcos in 1946. As well as in how these institutionalization processes affected and shaped the invention and conceptualization of its object of study, the Indian. Based on a bibliographic and institutional archive review, propose the comparison of both processes. Conclude that both processes of institutionalization of Anthropology depended on its position in the context of social research in Peru carried out by foreigners at the beginning of the 20th century and on the indigenous political debates that they collected. Elements that are also closely linked and give shape to their particular inventions of their object of study.

Keywords: Indigenism; Anthropology; Object of study; institutionalization; indigenous.

Referencias

Aguilar, C. **La ambivalente conceptualización antropológica sobre el indio en el Perú**. De la convergencia indigenista a la antropología en el Cusco (1909-1973). Tesis para optar el título de licenciatura en Antropología. Lima: UNMSM, 2019.

De la Cadena, M. **Indígenas mestizos**. Raza y cultura en el Cusco. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2004.

De la Cadena, M. **De raza a clase**: la insurgencia intelectual provinciana del Perú (1910-1970). En S. Stern (Ed.). Los senderos insólitos del Perú: guerra y sociedad 1980-1995 (pp. 29-39). Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1999.

De la Cadena, M. El racismo silencioso y la superioridad de los intelectuales en el Perú. **Socialismo y Participación**, 83, 85-110, 1998.

De la Cadena, M. **La decencia y el respeto**. Raza y etnicidad entre los intelectuales y las mestizas cusqueñas. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1997.

Degregori, C. I. **¿Cómo despertar a la bella durmiente?** Por una antropología para el Perú. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2014.

Degregori, C. I. **¿Cómo despertar a la bella durmiente?**: por una antropología para comprender un país escindido. En La antropología ante el Perú de hoy. Balances regionales y antropologías Latinoamericanas. Lima: CISEPA, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2008.

Degregori, C. I. Panorama de la antropología en el Perú: del estudio del otro a la construcción de un nosotros diverso. En C. I. Degregori (Ed.). **No hay país más diverso**.

Compendio de antropología peruana (pp. 20-74). Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2000a.

Degregori, C. I. (Ed.). **No hay país más diverso**. Compendio de antropología peruana. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2000b.

Degregori, C. I. Sandoval, P. **Antropología y antropólogos en el Perú**. La academia de ciencias sociales bajo la modernización neoliberal. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2019.

Degregori, C. I. y Sandoval, P. (Eds.). **Saberes periféricos**. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2007.

Degregori, C. I., Sandoval, P. y Sendon, P. (Eds.). **No hay país más diverso**. Compendio de antropología peruana (vol. II). Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2012.

Destua, J. y Rénique, J. L. **Intelectual, intelectuales y descentralismo en el Perú 1897-1931**. Cusco: Centro Bartolomé de las Casas, 1984.

Diez, A. (Ed.). **La antropología ante el Perú de hoy**. Balances regionales y antropologías Latinoamericanas. Lima: CISEPA, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2008.

Flores Ochoa, J. Axel Wenner-Gren y la antropología cuzqueña. En C. D. Cuzco, **Anales de tinkuy. Encuentro con la cultura andina** (pp. 12-22). Cusco: Centro de Estudios Andinos Cuzco, 2013.

Flores Ochoa, J., Nuñez del Prado, Bejar, J. y Castillo Farfán, M. **Q'ero, el último ayllu inca**. Homenaje a Óscar Núñez del Prado y la expedición de la UNSAAC a la nación Q'ero en 1955. Cusco: Instituto Nacional de Cultura, 2005.

Fuentes, G. **Algunos aspectos antropológicos del distrito de Chinchero** [tesis de licenciatura]. Cusco: Universidad Nacional San Antonio de Abad del Cusco, 1947.

Giraud, L. y Sánchez, J. M. (Eds.). **La ambivalente historia del indigenismo**. Campo interamericano y trayectorias nacionales 1940-1970. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2011.

Montoya, R. **Colonialismo y antropología en Perú**. Nueva Antropología, 2, 1975.

Montoya, R. Desde el sur: los otros como parte de nosotros, pensamiento crítico en las antropologías. **Discursos del Sur**, 1, 101-128, 2018.

Sandoval, P. Antropología y antropólogos en el Perú: discursos y prácticas en la representación del indio, 1940-1990. En P. Sandoval y P. Sendón (Eds.). **No hay país más diverso**. Compendio de antropología peruana (vol. II). Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2012.

Uriel García, J. **El nuevo indio**. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Inca Garcilaso de la Vega, 2011.

SOBRE O AUTOR

Cesar Aguilar é antropólogo por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM) y Maestro en Estudios Políticos y Sociales por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Recebido em 05/04/2024

Aceito em 17/05/2024